

CAPITULO XVI.

Por una bula.....

En cuanto Filippo Lippi alcanzó por el milagroso influjo de su pincel maravillosísimo la propia libertad y la libertad de todos los cristianos; en cuanto se persuadió de que ningún mal podría sobrevenir á la hija del aplaudido señor tunecino; volvió á Italia con la resolución de cumplir su voto alcanzando á costa de cualquier sacrificio la nulidad de su carácter monástico, uniéndose en santo matrimonio con Lucrecia Butti. Á su vez Serafin, que le acompañaba, en cuanto hubo hollado con sus plantas las tablas del buque italiano, bajo cuya bandera volvían á la patria, corrido de la entereza mostrada por el pintor ante la muerte y de su propia debilidad, juró no descansar hasta morir ó verter en el alma de sus conciudadanos los principios que él creía complemento del catolicismo y continuación del Evangelio. Aquellos dos hombres, pues, al entrar en la edad madura, fijaban con certidumbre sus respectivos destinos, el uno en la satisfacción de su amor y el otro en la propaganda de su fé; el uno en la paz de la familia, y el otro en la lucha por la idea; el uno en los goces del corazón y el otro en las erupciones de la inteligencia. Quizas ambos á dos tenían esa confianza que tan fácilmente se adquiere, despues de inesperada victoria, en los varios trances de la vida porque ignoraban los trágicos destinos reservados casi siempre por la suerte á cuantos llevan sobre sus sienes la aureola del genio, especie de luz misteriosa que vivifica á cuantos ilumina y abrasa al infeliz que la difunde.

El punto de desembarque fué Nápoles, donde obtuvieron los cautivos libres una acogida entusiasta, cual merecian aquellos que ganaban el prime-

ro entre todos los bienes, la libertad, por obra y gracia del mas legítimo entre todos los medios, del genio. La vista de las patrias playas, el espectáculo de aquella naturaleza sin igual, los contagios del público entusiasmo, los propósitos del cambio de vida, las esperanzas allegadas en la última victoria animaron la fantasía creadora de Lippi á engendrar nuevos asuntos y movieron su mano á trazar nuevos cuadros. Nunca la fiebre del genio llegara en él á un grado tan alto ni la necesidad de producir á una impaciencia tan grande. Conseguidos perdon, libertad, vida, por el pincel allá entre los bárbaros, nada podia resistirse á su genio, aquí entre los cristianos. De consiguiente todo para él consistia en crear mucho y crear de prisa para rendir á los papas como habia rendido á los sultanes y obtener el rescate de su corazón como habia obtenido el rescate de su vida. Detúvose, pues, en la hermosa ciudad á trazar varias obras que llevaba de antiguo pensadas en su vastísima mente, con propósito de alcanzar en la corte romana la concesion de la bula necesaria para pasar desde su soledad presente á la ventura doméstica.

Y, entre tanto, corrió la noticia de los últimos casos por toda la península. En aquellos tiempos dramáticos, de mucha inspiracion artística, de poco sentido moral, celebróse hasta por gente de Iglesia la conquista obtenida sobre la hija de gran señor mahometano y la industria empleada para evitar el condigno castigo. Mas en ninguna parte llegaron tan lejos el encarecimiento y la fama como en su patria, Florencia. Allí los edificios públicos se convirtieron en academias platónicas donde hablaban los filósofos acerca de las ideas metafísicas en la sublime elocuencia del Timeo y del Fedon; los jardines fueron talleres poblados de escultores, de pintores, de arquitectos, de plateros, de miniaturistas llamados á forjar y aderezar espléndidas joyas, cada una de las cuales daba á sus artífices y á sus dueños como ciertas prendas mágicas de otros tiempos, el don de la inmortalidad; las tertulias, á su vez, tornáronse veladas literarias dirigidas á traducir los clásicos, así griegos como romanos, y á componer tercetos y elegías sobre materias de amor; diríase que Florencia era como un gran teatro de la inspiracion y de la idea, sus habitantes como coros encerrados en una de aquellas ciudades fantaseadas por los filósofos antiguos para templos eternos de la ciencia. Todo era asunto allí de arte ó de poesia. Celebrábase un banquete y los invitados iban provistos de versos. Emprendíase una cacería y los cazadores recitaban estancias laudatorias de los ejercicios de caza. Moríase una jóven hermosa y se le consagraban volúmenes enteros de tristes elegías. La vida era como un poema continuo y en accion. Los jefes de aquella democracia, los Médicis, lo mismo Cosme el Grande que su hijo Lorenzo el Magnífico, promovian estas fiestas del espíritu con su ejemplo, creyéndolas como un exparcimiento necesario al levantisco ánimo de los florentinos y un apoyo indispensable al primer magistrado de la República.

Imagínese cómo celebrarían allí, con qué laudes, la extraña historia del pobre novicio, exaltado á artista, del artista convertido en fraile, del fraile escapado á su convento, del escapado hecho raptor, del raptor caído cautivo, del cautivo condenado á muerte, del condenado redimido por la virtud y por el poder de un cuadro. Tales peripecias, mas propias de la novela que de la historia, prestábanse admirablemente á los comentarios naturales en el ingenio artístico y en la naturaleza poética de los buenos florentinos. Una mañana salieron á esas cacerías llamadas del halcon Lorenzo de Médicis y sus comensales. El sol naciente doraba las cumbres del Apenino cubiertas de nieves aun no derretidas por los primeros vientecillos tibios de la primavera; el rocío matutino, trémulo en las hojas, recamaba los bosques de líquidos diamantes; corrían los monteros en todas direcciones precedidos por sus perros; alardeaban los jinetes en sus corceles como si fueran á una guerra; este llevaba su halcon al hombro, el otro al puño; las damas, montadas también competían con los hombres en las carreras y en las fatigas, siendo de oír el extraño estruendo producido por las herraduras de las caballerías al chocar con las piedras, y por los estridentes cuernos de caza al dirigir á las gentes, y por los cazadores al correr en los campos, y por las aves rapaces al cebarse en las avecillas inocentes, y por los espectadores al ver con grito de júbilo tantos y tan ricos despojos. Argumento verdadero para un poemita que componía Lorenzo de Médicis.

La ciencia de este tenía mucho de platónica; y la poesía mucho de virgiliana. Su musa ascendía á los montes á bañarse en el rocío, en los rayos de la luna, en el aire embalsamado de lentisco; y bajaba á las grutas á ver como la gota calcárea, destilada por las peñas, luminosa y trasparente, cincelaba las columnas de las caprichosísimas estalactitas. Coronábase de guirnaldas frescas y recogía los conciertos así de las avecillas enamoradas como de los tiernos y baladores recentales. Veíase huir las plazas, los templos, los monumentos para buscar

Un verde praticel pien di bei fiori

Un rivolo che l'herba intorno bagni

Un angelletto che d'amor si lagni.

Flora sembraba de rosas los senderos de aquella musa; el bacante ébrio le ofrecía sumo reparador de las viñas en vendimia; las abejas descendían á sus labios, ora á traer ora á libar la miel; las encinas inclinaban sobre su cabeza las ramas cargadas de frutos; susurraba mas dulcemente el arroyo así que recogía su encantadora imágen; y las selvas resonaban con los ecos de sus cánticos, á la manera que un coro de arpas armoniosas tañidas por airecillo celeste. Así inspiraba á Lorenzo el llamar Ambra á la quinta ofre-

cida á uno de los primeros cortesanos de su literatura y de su ciencia, del nombre de una ninfa que se baña en el Ombrone, hijo del Apenino, confluente del Arno, ninfa de cuyas gracias se halla enamorado el gentil pastor Lauro desde aquella estival mañana, en que la vió entrar desnuda, huyendo del calor, en las claras y frescas aguas, sombreadas por el frondoso ramaje, cargadas de aromas y generadoras de suaves susurros, deliciosas por todo extremo, de superficie plateada y de seno trasparente, donde trataba de prenderla un dios acuático con sus pérfidos halagos como al incauto pez el pescador con sus sutiles mallas.

Y no era Lorenzo de Médicis solamente poeta virgiliano, de la naturaleza, sino también poeta satírico, según parodiaba antiguas obras inmortales y hacia grotescas caricaturas ridiculizando desde los compesinos hasta los obispos. Y no solamente era poeta satírico además de virgiliano, sino también tenía su tantico de poeta dramático, por haber compuesto para la fiesta de San Giovanni é Paolo un auto, medio clásico y medio romántico, en el cual Constanza, hija de Constantino Magno, pierde la lepra de que estaba cubierta por intercesión milagrosa de Santa Inés; y Constantino ofrece la mano de esta hija, antes sucia y podrida como un cáncer y ahora limpia y clara como una patena, á Galicano, general idólatra, con la esperanza de convertirlo, al cristianismo, lo cual se cumple á causa de una derrota infligida á sus huestes por los persas y remediada por los dos cristianos Giovanni y Paolo; y aparece Juliano con todas sus apostasías dirigidas contra los nazarenos y castigadas por la Virgen Madre, que baja del cielo en persona á despertar de su tumba á un mártir y darle el encargo de cerrar con aquel emperador infiel á la religión aprendida en su infancia é inmolarlo y concluirlo en horrible y cruento sacrificio. Y no solamente era poeta virgiliano, satírico y dramático, sino también compositor de canciones destinadas al baile y al carnaval y al jolgorio, algunas divertidas, otras delicadas, no pocas sucias é indecentes y todas estrepitosas. Parece que se oye la música mezclada con el movimiento y el resuello de las parejas al compás del baile enardecidas, y que se ve juntamente con los juegos carnavalescos la reproducción de las saturnales clásicas en los carros cargados de máscaras, que dicen himnos por varias maneras compuestos y representan sacras divinidades griegas ó santas virtudes alegóricas, y van precedidas de trescientos peatones con antorchas, acompañadas de coros armoniosos, seguidas de caballos primorosamente enjaezados y caballeros con toda riqueza vestidos, entre los gritos y alharacas de las muchedumbres, alegres, bullisiosas, exaltadas, como si las hubiera tomado el vino, diciendo versos, ora clásicos como un coro de Anacreonte entonado á la puerta de un templo antiguo, ora soeces como el dicharacho de un campesino vomitado en el poyo de su taberna.

Aun puede imaginarse el lector una de aquellas fiestas. Resplandece el cielo de Florencia con sus mas bellos resplandores; corren las aguas del Arno con sus monótonos murmullos; rebosa la plaza de Santa Trinitá en amorosísimas danzas; entrelázanse las parejas al son de los instrumentos y al compás de los versos cantados por voces femeniles y varoniles en sendos coros, los cuales invitan á quedarse y tomar parte en la fiesta á cuantos sienten el amor y á irse á cuantos carecen de esa pasión creadora; llénase el aire de esas ideas epicúreas que mezclan al menoscupio de la vida y á la tristeza por la rapidez de la edad juvenil las excitaciones mas calurosas al goce y al placer; parece tocado el pueblo entero de una de esas demencias nacidas de la orgía que arrastraban á los antiguos á ceñirse de pámpanos y agitar en sus manos el tirso mágico en significacion del imperio absoluto sobre la naturaleza; por un lado salen mancebos vestidos á la usanza ateniense, con su túnica de blanco lino, con su corona de verbena, con su lira de oro, dando gritos á Baco y al Amor, por otro lado viene el carro mitológico lleno de silenos y de sátiros que tocan el caramillo junto á ninfas en sus conchas de nácar y las nereidas en sus palacios de cristal, mientras por el frente se eleva el Padre de la patria, el protector de la República, el magistrado de la ciudad, un Médicis, creyéndose en la corte de cualquier tirano griego, porque tiene en torno suyo, como la luna su cortejo de estrellas relucientes, y como Júpiter su compañía de dioses mayores, los poetas y los sabios y los artistas mas ilustres del fecundo y creador Renacimiento.

Chi non e innamorato
 Esca di questo ballo;
 Che saria fallo á stare in si bel lato.
 Si alcuno e qui che non conosca amore,
 Parta di questo loco;
 Perch' esser non potria mai gentil core
 Chi non sente quel foco.

Eran, pues, de admirar esos cánticos, en cuyas estrofas se animaba todo un pueblo para bailar sus danzas, y que recorrian desde los dicharachos plebeyos hasta las oraciones místicas, desde el brutal sensualismo que nos confunde con los animales inferiores hasta el puro amor que nos acerca al cielo de las ideas etéreas. Estos coros señalan á una con bien claras señales el siglo décimo—quinto, el tiempo de nuestra historia: junto al amor platónico el amor epicúreo; junto al sentimiento cristiano el sentimiento idólatra; en confusion los dioses del paganismo con los santos del calendario; alternando composiciones consagradas á Baco y composiciones consagradas á Cristo; aquí el verso inspirado en la embriaguez que poseía á Anacreonte, y allá el verso inspirado en el misticismo que poseía el autor de la *Imitacion de Jesu-*

cristo. Bien puede decirse que en tal tiempo, teniendo á su frente hombres como los Médicis, Florencia se asemejaba á una Academia, en la cual encontraban templo vivo los artistas. Y, á consecuencia de esto, bien puede asegurarse que uno de los sentimientos allí prevalecientes estribaba en la creencia de que la ley moral se habia escrito y promulgado para todos los hombres, menos para estos hijos predilectos de las Musas, para estos privilegiados sacerdotes del arte. Los dioses de la ciencia y de la poesía toscana se asemejaban á los dioses del Pindo y del Olimpo en que se creían excusados de los mas rudimentarios preceptos y capaces de convertir el mal en bien por un acto de su arbitrariedad soberana. Ellos hubieran fácilmente tomado la forma de toro para llevar sobre sus costillas alguna ninfa Europa y llovido áurea lluvia en la alcoba de cualquier Dánae, á prestarse su organismo á las trasformaciones soñadas por su idea. Y de consiguiente, en las reuniones presididas por Lorenzo, donde presentaban los maestros en artes plásticas sus obras tangibles y los maestros en artes mas espirituales sus poesías y sus discursos, como en público certámen, mas se aplaudian que se vejaban las aventuras, las calaveradas, los amores novelescos, las riñas á espada, los raptos de doncellas, los asaltos á monasterios, las incidencias de dramas como el que forma la base fundamental de nuestra historia. Figúrese el lector cómo se recibiria en uno de aquellos cenáculos del arte la carta dirigida por Filippo Lippi á Lorenzo el Magnífico.

—«Señor y amparo mio: sin ningun género de introito ni de rodeo, á vuestro amparo me acojo. Cristo, el salvador de los hombres, me nieguela salud eterna, y Apolo, el dios de las Musas, la inspiracion artística, antes que la gratitud á los rectores de la patria, nuestros guías en la República, nuestros maestros en el trabajo, nuestra providencia en la vida. Pudriérame yo en la celda del Cármén, con cualquier motilon de refectorio, si vuestro padre no bajara su escapulario á tal lugar de tormentos, extrayéndome de allí como alma en pena para elevarme al goce de mi inspiracion y de mi gloria. Mucha fué su diligencia, pero mayor mi desgracia, porque consiguió lanzarme al mundo desde el claustro, sin conseguir redimirme de votos clavados como otras tantas espinas en los poros de mi cuerpo y en las potencias de mi alma. Si hubiera justicia en la tierra, no valdrian promesas arrancadas á la desesperacion, hijas de engaños propios y ajenos, dadas entre los tormentos de asesinos celos y los desmayos de hambres más asesinas todavía. Para cualquier cosa nació yo, aun no siendo pintor, para militar, para jornalero, para príncipe, menos para fraile, obligado á dormir solo en mi celda ó andar á salto de mata, cual Labrador en cercado ajeno cogiendo la fruta prohibida, legítima propiedad del vecino. Mas vale casarse que abrazarse, decía San Pablo; y tenía razon, como hombre entendido que era en achaques de amor, el segundo jefe de nuestra Madre la Iglesia, de la cual

será siempre cabeza visible el bienaventurado San Pedro. Y no digo nada de lo que tantas veces le tengo oído á Vuestra Grandeza acerca de lo que enseñó Platon sobre la necesidad para el verdadero amante de amar á una sola persona y amarla siempre. Encenderle á uno la sangre con estos ardores y luego prohibirle el matrimonio, vale tanto como darle á comer mucha sal y luego prohibirle el agua. Tales contradicciones solo sirven al fin y al cabo para embarraganarnos. Y embarraganárame yo por encima de cien Platones y doscientas Iglesias, á no haber topado con la mujer mas firme que naciera de madre en esta baja tierra. De querer ella, no se hiciera de pencas mi paternidad, dejando para cuantos me obligaron á profesar contra mis inclinaciones, el responder ante Dios de mi pecado, obra mas bien de su implacable dureza que de mi libre albedrio. Ya estoy fuera del claustro, pinceles en mano, tablas delante, público en torno, dinero en bolsa, gloria en nombre, valimiento en trato, amigos en solios; y sobrándome por ende todo, solamente me falta lo más necesario á la humana condicion, lo que debe ir unido á nuestra alma como va unida la sombra al cuerpo, una mujer, mi Cintra, mi Lesbia, mi Corina, mi Beatrice, mi Laura, la mitad de mi inspiracion, la mitad de mi vida, la mitad de mi sér en este y en el otro mundo. Como la golondrina no podria viajar de una á otra zona sin su correspondiente pareja; como la alondra no podria subir en pos de la luz sino sostenida por su amor, mas que por sus alas; como el ruiseñor no podria cantar sin tener la esposa en la rama cercana, tendida sobre el blando nido; no podria yo pintar sino recogiendo la luz primera de mis cuadros, aquella de resplandores vivísimos que anima los colores y sus matices, en los ojos de una mujer idolatrada, eterna compañera de dichas y desdichas, musa eterna de mis creaciones. Y donde quiera que Dios ha puesto una inclinacion poderosa, incontrastable, avasalladora, tambien ha puesto las satisfacciones necesarias, pues de otra suerte el universo estaria fundado sobre irritante injusticia. Muchas veces cúmplense á costa de los séres inferiores como el hambre del lobo á costa del carnero y el hambre del águila á costa del pajarillo, pero nunca falta su indispensable cumplimiento. Y no ha podido inspirarme á mí la mas poderosa, la mas avasalladora, la mas intensa de las pasiones humanas para dejarme con esta sed sin agua, con esta hambre sin pan, con este deseo sin satisfaccion posible, atormentado por el mayor de todos los tormentos en el mas hondo y oscuro de todos los infiernos. ¡Oh! No será, no, posible. Poco dado al estudio, á causa de mis aficiones artisticas, no he sabido desde niño cosa mayor en letras y ciencias. Pero no he sido tan negado que no aprendiera, oyéndolo diariamente en vuestras Academias, como Platon, el genio á quien presentais holocausto y ofreceis votos, dividió el alma en dos partes; una superior, asentada, como en su trono, allá en el cielo de nuestro cerebro, eternamente luminosa y tranquila; otra inferior, terrena, en los movimientos del co-

razon perdida y por los golpes de la sangre agitada, la cual tiende al goce sensual, revolcándose perpétuamente en todos los lodazales del mundo. Ya oigo vuestra pluma rasgando la tenue hoja de papel para decirme que someta el alma inferior y terrena completamente á la superior celeste. Pero así como no puedo separarme de mi cuerpo sino por la muerte, no puedo separarme de mi segunda alma, componente tambien de mi espiritu y elemento necesario de mi esencia. Y, no obstante creer todo el mundo que domina en mí el alma animal, nadie ha puesto tantos empeños como yo en dominarla y someterla á la superior, á la divina, á la racional, á la eterna. Robé en raptó violentísimo á Lucrecia Butti, porque no podia sufrir mas tiempo el torcedor de mi deseo, y ya en mis manos, lejos de aprovechar mi victoria y su terror; púseme á temblar en su presencia, como si ella fuese la fuerza y yo la debilidad, hasta caer de hinojos á sus plantas y respetar su virtud y su pureza como hubiera podido respetar á la Virgen Maria en sus altares. Caí cautivo, y dejéme llevar de mi alma inferior hasta el punto de seducir y perder á la hija de mi Sultan en vísperas de sus bodas; y por una de esas contradicciones frecuentes en el extravío natural que Dios me ha dado, luego se sobrepuso el alma superior, moviéndome á preferir la muerte en vil cadalso al cambio de la religion de mis padres compensado con la oferta de espléndida corona y la esperanza de incalculables riquezas. Salvóme de la muerte, cuando ya me encontraba en manos del verdugo, una milagrosa influencia del arte sobre el Sultan, un cuadro, y al alargar mi cuello al hacha fatal, en esas angustiosas resistencias opuestas por la esperanza á las realidades del dolor ofrecí que jamás caería en las redes de un amor ilegítimo, que jamás cedería á los instintos brutales de la naturaleza, que jamás contraería relaciones de ningun linaje con mujer que no fuese mi Lucrecia Butti. Y pienso cumplir este voto. Pero Lucrecia se encierra á piedra y lodo en estas dos condiciones: levantamiento por la autoridad competente de mis votos monásticos y matrimonio religioso. A vuestros piés vengo, excelso señor, para que intercedais con alguno de los cardenales, moviéndole á él para que él mueva á su vez al Papa en este trance mio y me conceda una bula de libertad tan necesaria para mi salud temporal como para mi salvacion eterna. En nuestra religion, siempre que á Dios queremos acercarnos á fin de conseguir algo en nuestro bien, valémonos de su santa Madre, de sus mártires y bienaventurados, de los ángeles y serafines, patronos verdaderos del hombre y protectores natos de todas sus oraciones. No será mucho, pues, que en la corte del Santo Padre necesitemos tambien valedores como Vuestra Grandeza para conseguir resultados como mi redencion. Amparadme, pretegedme, venid en mi auxilio en esta hora suprema, y yo os prometo en Dios y en su Iglesia que no tendreis jamás clientes tan devotos como mi mujer y yo, y nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, y todas las generaciones herederas del nombre